

que al principio se enojará mucho; pero ya se le pasará, si es cierto que me quiere tanto como dice; y si no, ¿ella no se casó á su gusto? Dicen que amaba á mi padre entrañablemente: esto da á entender que estaría enamorada de él, y no le debe extrañar que yo lo esté también ahora.

Por lo que toca á la Condesa y á su hija, nada me importa su parecer: ellas serán las que más griten; pero ya se cansarán. Clara cree valer tanto, que tal vez tomará el asunto con la mayor filosofía.

Pero dejémonos de pensar en los demás, para pensar sólo en nosotros mismos. Valentina, si usted quiere, será la Marquesa de Montemar; tendrá ricos trajes, que en vez de embellecer á usted, serán ellos los embellecidos por sus gracias; tendrá usted carruajes, y una nube de servidores que obedecerán hasta sus miradas; tendrá usted casas de campo, joyas y mucho más de lo que pueda desear: una palabra, una sola palabra, y desde mañana todos mis esfuerzos se dirigirán á lograr que se verifique nuestro matrimonio.

¿Por qué se oculta usted á mis ojos hace dos días? ¿Por qué no ha querido ir á la fuente? ¿Por qué no me ha mirado en la iglesia? ¿Qué he hecho para ser tratado con tanto rigor? ¡Oh, Valentina! ¡Me es imposible vivir así por más tiempo! ¡La vida me pesa, y huiré de este país ó me la quitaré, si usted insiste en sus rigores!

No piense usted en lo que dirán, y esta tarde

acuda á la pequeña alameda de la fuente, donde espero oír de sus labios la dulce palabra que asegure que me ama. ¡Oh, si no la encontrase, me desesperaría!

Después de ver á usted, diré á mi madre que cesen los preparativos para mi boda con Clara. Sí: tendré fortaleza bastante para decirle que no es á ella á quien amo, y que no quiero unir mi suerte á la suya.

Adiós, Valentina, ó más bien, hasta luego: dentro de dos horas estaré en la alameda. ¡Oh, qué largo va á hacerse el tiempo! ¡Cuánto deseo volver á ver sus hermosos ojos y su dulce sonrisa! ¡No engañe usted, por Dios, mi esperanza!

CÉSAR.

### XXXI

**Mme. Honoria á Mélida.**

*Madrid, Septiembre de 18...*

Su carta de usted, querida hija mía, me ha puesto en una cruel perplejidad: amo á Clara como si fuera mi propia hija, como la amo á usted, y de la misma manera que quiero á Valentina; su suerte es para mí del mayor interés, y veo que la des-

gracia despliega sus negras alas sobre las tres cabezas, bellas y juveniles, que tantas veces he acariciado.

Su aflicción, al escribirme, mi querida niña, le ha hecho desconocerse á sí misma. ¡Usted delatora de su amiga y de ese joven mal aconsejado! ¡Jamás, Mélida; hay dos cosas á las que debemos sacrificar nuestros más caros intereses: nuestra fe de cristianas y nuestra dignidad!

Clara no será engañada villanamente. ¡No! Dios es demasiado bueno y justo para permitirlo. Esa boda no llegará á verificarse; pero si se la viese tan cercana que pareciese inevitable, no es á usted á quien conviene desengañar á su hermana y á su madre acerca del poco valor moral del hijo de la Mariscala: la voz severa de la razón la oirán de mí, y, sin culpar á nadie, sabré alarmar el amor maternal y la dignidad de Clara.

Ahora podrá usted decirme que el rompimiento de esta boda es una desgracia para su hermana. ¡No, hija mía! La verdadera desgracia, la desgracia irremediable, cruel, sin consuelo, es la de unirse á un hombre indigno, y ese joven lo es, puesto que decidido á casarse con Clara, persigue, galantea y perjudica á la honra y al buen nombre de otra mujer.

Locura es decir que el hombre no pierde nunca: á pesar de este axioma, que el mundo acepta y el egoísmo varonil aplaude, no se case usted, hija mía, con un hombre sin pundonor.

Las mismas condiciones de delicadeza y decoro debe haber en el hombre que en la mujer. Todavía no nos han dicho los anatómicos que el corazón que alienta en el pecho del hombre sea formado de otra manera que el nuestro: luego la bondad de los sentimientos debe ser la misma, y es un error lamentable el conceder al sexo fuerte por excelencia la libertad de las acciones ruines.

Clara se casará con otro: á una joven bella y honrada jamás le falta esposo, si reúne además las excelentes cualidades de esa noble niña; si no se casa, será de todos modos más dichosa que siendo la esposa de ese hombre que no la sabe estimar ni la ama.

En cuanto á Valentina, yo no la culparía si pudiese persuadirme de que amaba á César; pero ella no ama á nadie: esa criatura es un conjunto de egoísmo y de vanidad; su educación excelente ha despertado sólo lo que debía destruir: su afán de lujo y su ambición desmesurada. No tengo la menor duda en que habrá estado coqueta con César, y en que habrá provocado sus declaraciones; pero llevará en la misma culpa su castigo, porque Dios lo ha dispuesto así; si se casa, su enlace será muy desgraciado, porque los dos tienen los mismos defectos, y no habrá ni amor ni talento para disimularlos.

Sólo habrá de una parte la altivez, y de otra la astucia: en ella, el defecto culminante será el afán

de dominar, es decir, el más odioso que puede ostentar una mujer.

Valentina tiene poco talento, y sólo he reconocido siempre en ella extraordinarias facultades para la intriga; pero desconoce todos esos pequeños y encantadores artificios, indispensables en la vida doméstica, y que usted sabrá emplear tan bien.

Se casa sin educarse para esa vida, y lo que es más triste, se casa sin amor; y lo que es cierto y terrible, sin saber ni querer educarse por sí misma para aprender á ser dichosa en lo posible.

Mélida, para el día en que usted se case, no olvide este consejo.

El talento de la mujer consiste en mandar y aparentar que obedece, pero en mandar bien, y en disponer lo más grato y más útil para su familia.

En nada se parecen los deberes de una joven soltera á lo de una casada.

La primera sólo necesita sumisión.

La segunda ha de tomar directa ó indirectamente la iniciativa en todo.

La primera sólo necesita ser la alegría de la casa.

La segunda debe ser además el ángel del hogar.

La una debe ser humilde.

La otra necesita, ante todo, ser digna.

Aquella no es responsable de nada.

Sobre ésta pesan el reposo, la paz y el bienestar de toda una familia.

Y estos rudos deberes los tiene lo mismo la

opulenta dama que la sencilla campesina: cuanto más crecida la fortuna, existen más cuidados y una mayor responsabilidad.

El ser gran señora, hija mía, trae consigo un enorme peso para la que nunca lo ha sido, y es el saber serlo.

Ahora bien: ¿qué hará Valentina en ese gran mundo sin un esposo que la guíe? Porque él mismo necesita ser guiado.

Servir de objeto de burla á tantos desalmados como se pasean por los salones.

Mortificar la vanidad de su marido, avergonzarle á cada paso, y, por fin, hacerse odiosa á sus ojos.

Es cierto que es muy bella; pero la hermosura es una flor delicada que se agosta muy en breve. Sólo las gracias del ingenio y la hermosura del alma son las que sobreviven á las injurias del tiempo.

Créame usted, querida Mélida: en este triste asunto, la más desgraciada es Valentina; y si me escribe dándome parte de sus sueños de vanidad, así se lo diré, con la franqueza que debo usar con ella.

¿Y usted, mi querida Mélida, nada me dice de sí misma? ¡Buena y generosa, como siempre, sólo vive para los demás! ¿Ha vuelto Juan Bautista? ¿Está mejor? ¿Qué sucede? Dígamelo usted, pues desde esta tranquila casa, y en medio de mis niñas, sigo con el corazón palpitante todas las peri-

pecias del drama que se desarrolla lento, pero terrible, en esa risueña aldea y bajo los dorados techos del castillo de Montemar. ¡Quiera Dios que esas tres jóvenes y bellas cabezas salgan ilesas de la deshecha tormenta!, como lo pide á Dios todos los días

HONORIA.

### XXXII

#### Valentina á César.

*Urrea de Jalón, Septiembre de 18...*

No puedo ni debo acudir más á la avenida de la fuente: todo el pueblo se ha enterado ya de mis excursiones á aquel sitio, y me veo comprometida de una manera horrible.

¡Ah! señor Marqués—porque á pesar de su empeño jamás le llamaré de otro modo;—señor Marqués, qué desgracia ha sido para mí el haberle conocido y el haberle amado. ¡Qué feliz era yo y qué feliz hubiera sido toda mi vida si no hubiera venido á este país, si nunca lo hubiera visto! Pero ahora... ¡ahora todo es en derredor mío sombras y dolor!

¿Por qué si nos habíamos de hallar en el camino de la vida, no hemos nacido en la misma

clase? ¿Por qué no pertenece usted al pueblo ó pertenezco yo á la aristocracia? ¡Amarga burla de la suerte, que así nos acerca y así nos separa!

Pero no importa: ¡yo debo deshacer ese encanto fatal que me envuelve; yo debo de ser la primera en apartarme del precipicio adonde corría ciega con mi amor! Ya no volveremos á vernos, ó, á lo menos, ya no volveremos á hablarnos.

Nunca he creído en la posibilidad del amor de usted, y, por tanto, estoy segura de que se consolará de perderme: en la corte, adonde usted marchará muy pronto, según he oído, se distraerá entre las fiestas y los placeres, y olvidará que existe en este escondido valle una pobre y sencilla muchacha campesina que le ama, que le amará toda su vida, que á nadie más podrá amar.

Y luego, casándose con la bella y orgullosa señorita de Campoverde, ¿podrá usted pensar en nada? Ella le sabrá echar al cuello un yugo muy suave; pero que será yugo... y tan estrecho, que no le dejará ni la facultad de pensar en nadie.

¡Adiós, pues, señor Marqués!... ¡Adiós para siempre!... ¡Para siempre! ¡terrible palabra! Al escribirle tiembla mi mano y se estremece mi corazón. ¡Dios perdone á usted el mal que me ha hecho... del mismo modo que se lo perdono yo!

A lo menos, sepa que hay en el mundo un corazón todo suyo... un corazón que le ama como nadie le amó, como nadie le amará jamás. Sea usted tan dichoso como yo le deseo, como mere-

ce serlo... y en medio de esa dicha, que no dudo hallará muy pronto, olvide á la desgraciada, á la solitaria y triste

VALENTINA.

### XXXIII

**César á Camilo.**

*Castillo de Montemar, Septiembre de 18...*

Yo no sé si estoy loco, Camilo; si soy culpable, ó si sólo soy el más desventurado de los hombres.

A pesar de tu largo, de tu severo, ó más bien de tu desdeñoso silencio, voy á escribirte lo que sucede, para que tú, corazón fuerte, alma enérgica y bien templada, me digas lo que harías si estuvieras en mi lugar.

Lee, y suprime la sonrisa compasiva, con su tinte de sarcástica, que casi siempre habita en tu hermosa boca.

Mi casamiento con Clara se ha deshecho: amo á otra joven, y he ido á enamorarme de ella precisamente cuando ya iba á recibir la bendición nupcial con la señorita de Campoverde.

¿Y sabes quién es el ángel á quien amo? Pues es hija de unos labradores, pobre y de humilde

cuna; pero educada por Honoria, tu hermana de leche, con lo que se dice que será un modelo de distinción, bella como el sueño del primer amor y dotada de un talento que arrebatara.

Sí, Camilo: si la vieras me excusarías y convendrías conmigo en que posee todas las seducciones ante las que sucumben el corazón, la razón y los sentidos.

He dejado á la altiva Diana por la graciosa Hebe.

He abandonado la aspereza por la dulzura.

La tibieza por la pasión.

La hermosura majestuosa y severa, por las suaves y rientes gracias de la adolescencia.

¿Quién me acusará por el cambio?

Tal vez tu caballerosa hidalguía; tal vez eso que tú llamas pundonor, ese sentimiento al que toda tu vida te has sacrificado, y al que has inmolado tu bienestar y hasta tu fortuna. Sí, mi pobre conde arruinado; espero las impugnaciones que me hagas: tú que comprometiste todo cuanto poseías en la fianza que te pidió un truhán que supo engañar toda la candidez que se oculta bajo tu talento, tan penetrante y tan distinguido... tú me acusarás, lo sé... pero ¿qué remedio? Sólo tú podrías hacerlo después de lo que te llevo dicho.

Otra persona me acusa amargamente, y confieso que sufro mucho al ver su dolor... Esta es mi madre... mi digna y noble madre.

Hace dos días, y después de leer una carta de

Valentina—así se llama mi ángel,—en la que se despedía de mí desconsoladamente, tomé una resolución definitiva.

Valentina se negaba á verme... se quejaba de la triste manera con que la había comprometido; me hablaba de mi enlace con Clara, que aún creía posible, y rehusaba acudir al sitio de nuestras citas. Desesperado y llevando la muerte en el alma, resolví jugar el todo por el todo, y sin reflexionarlo mucho, corrí al cuarto de mi madre.

Me hallaba de bata, pues era temprano; mi madre, que nos tiene acostumbrados á guardarle toda clase de consideraciones, leía, sentada en un gran sillón con respaldo esculpido, las oraciones de la mañana.

El lacayo del salón que precede al aposento de mi madre, pues ésta conserva su lujo casi regio, me anunció.

—¿El Marqués á estas horas?—exclamó algo sorprendida. Has de saber que desde que tengo título, gracias á la eficacia de mi tío el Arzobispo, mi madre jamás lo omite cuando me nombra.—Juan, dile que puede pasar al instante.

Yo entré y la besé la mano.

—¡Qué traje, hijo mío!—exclamó;—¿es posible que no hayas reflexionado que venías á verme?

—Perdón, mamá—repuse yo;—¿es tan urgente lo que tengo que decirte!...

—Sin embargo, no podría oírte así. Ve á vestirme un poco, y vuelve: te espero.

Salí y me puse un traje de mañana, tan esmerado como exige mi madre que los usemos.

—Ahora habla sin cuidado—dijo.

—Pues bien, mamá—balbuceé mirando al suelo, porque no me atrevía á mirar la majestuosa fisonomía de mi madre:—vengo á decirte que no quiero casarme con Clara.

Mi madre me miró atónita; luego se echó á reír, y dijo jovialmente:

—¡Vamos, habéis reñido, como dos niños que sois! Eso se pasará al instante.

—No se puede pasar, mamá, porque no hemos reñido: es sencillamente que conozco que no amo á Clara, y que no quiero casarme con ella.

—¿Que no la amas? ¿Que no la quieres?—exclamó mi madre estupefacta.—César, ¿olvidas que, después de un compromiso como el tuyo, ya no hay razones que dar, ni se admiten ningunas?

—Si me caso con ella, madre mía, seré muy infeliz.

—¿Quién ha dicho?...—exclamó mi madre enojada; pero después de un instante de silencio, añadió:

—¡Cásate... aunque te mueras después!... Al menos, habrás muerto con honor. ¡A veces es más glorioso perder la vida en los combates del alma, que en una acción de guerra! ¡Quiero más verte bueno que verte dichoso!

—¡Madre mía, no puedo casarme con Clara, porque amo á otra!

A estas palabras, mi madre quedó aturdida, pálida, helada; medio cerró los ojos, y se dejó caer hacia atrás como si hubiera recibido un golpe mortal.

Luego se levantó; se acercó á mí y me puso la mano en el hombro, con una dignidad fría é imponente como la de la estatua del Comendador.

—¿Y cuál es el nombre—me preguntó—de la mujer con quien quieres casarte?

—Valentina Herrera.

Un agudo grito salió de los labios de mi madre. Al verla tan pálida, creí que se desmayaba y corrí hacia ella; pero bien pronto á su lividez sucedió el carmín de la más violenta cólera: se levantó de nuevo, se cruzó de brazos, y me dijo, señalándome la puerta con una mirada soberana:

—Salga usted.

Yo me dirigí á ella sin articular una palabra.

—Estará usted en su cuarto hasta dentro de cuatro días, que saldrá de él para casarse con Clara—dijo mi juez;—ahora salga usted.

Obedecí y me fuí á mi cuarto, bien decidido á sacar á Valentina de su casa y á casarme con ella.

Sí, Camilo: lo que yo tomé por un pasatiempo, lo han convertido en pasión formal el enojo de mi madre, ese enojo tan helado y desdeñoso, y los desvíos de Valentina.

¡Ella será la Marquesa de Montemar! ¡Ahora cúlrame, condéname si quieres! Creo que mi

madre se aplacará, y si no, me casaré sin su consentimiento.

Me he cansado de ser niño, y ahora me toca mandar. Clara sólo sabe dar órdenes, y ésta es la principal razón por la que la rehusó para esposa mía.

El dominio me es insoportable; sólo la dulzura de Valentina podía cautivarme.

Sí, Camilo: así que salga de este encierro, me caso con Valentina, y ha de ser aquí, en esta aldea, donde he de despojar su cabeza peregrina de las tocas de la labradora, para ceñirle la doble corona de desposada y de Marquesa.

Mi madre es injusta, y la injusticia no merece ninguna consideración: sufrirá, llorará algunos días, y después amaré á Valentina, que ya se hizo apreciar de ella por sus admirables prendas.

Adiós, Camilo. ¿Cuándo vienes? A pesar de tu severidad, haces mucha falta á tu amigo

CÉSAR.

## XXXIV

## La Condesa á Mme. Honoria.

*Castillo de Montemar, Septiembre de 18...*

¡Todo es tinieblas y dolor en torno mío, querida y buena amiga: donde quiera que vuelvo mis tristes ojos, veo la desgracia para mis pobres hijas!

El casamiento de Clara se ha deshecho... ¡Sí! César renuncia á ella; y poco me importaría esto, á no ser por dos razones: la primera, porque ella le ama... la segunda, porque esta injuria que le infiere va á desatar la lengua de los maldicientes.

¡Pobre niña! ¿Qué ha hecho ella para ser tan infeliz? Algunas veces me pregunto si me ciega mi orgullo de madre y si es menos hermosa, menos inocente de lo que yo la veo... ¡Ah, querida Honoria, cómo había este amor, que llena su alma, dulcificado su carácter y suavizado su altivez! ¡Y qué cierto es que para ser buenas las jóvenes necesitan ser dichosas!

Yo veía abrirse el alma de mi hija al calor de este amor, como se abre una pura y blanca flor á los rayos del sol... Yo veía brotar la risa de sus

labios severos, las lágrimas de sus altivos ojos, al oír referir una acción noble y magnánima. Muchas veces me dije: yo fui la primera en juzgarla mal; en mi hija hay tesoros que todos desconocíamos: ¡es generosa, es buena, es sensible y entusiasta! ¡Oh, sí! y todo esto era, y tal vez ahora volverá su carácter á ser sombrío y tenaz, porque su alma apasionada no sabrá doblegarse ante la desgracia... ¡El amor era la luz que la alumbraba; la desesperación es para ella el caos y las tinieblas!

Sin embargo, ha tomado esta desgracia con una tranquilidad que yo no esperaba, pero que oculta, á mi parecer, un inmenso dolor. César, ese niño novelesco y ridículo, le escribió una carta muy romántica y muy hueca, diciéndole que le parecía que no congeniaban, y creía que lo mejor para los dos era romper el lazo de su amor.

Mélida me dijo después que Clara, al leer esta carta que le entregó una camarera, quedó pálida como la cera, muda é inmóvil; en seguida dió la carta á su hermana, que la recorrió con rapidez.

—¡Es extraño!—dijo luego:—¿qué he hecho yo á ese hombre para que sea conmigo tan cruelmente grosero?

Y levantándose, añadió:

—Vamos, Mélida, á ver á mamá.

Cuando entraron mis dos hijas, me alarmó su aspecto. Clara venía pálida y helada.

Mélida, encendida, llorosa y trémula de enojo y de dolor.

—¿Qué es eso?—les dije;—¿qué tenéis?

—¡Es una iniquidad!—exclamó Mérida con su expansión natural.—Mamá, toma y lee.

Después de pasar la vista por aquel billete fatal, me levanté poseída de indignación.

—¡Oh!—dije,—es preciso que este hombre me dé explicaciones de su conducta. No tienes padre, hija mía, y yo debo velar por ti.

—Madre mía—repuso Clara con voz cuya tranquilidad me sorprendió,—es inútil que te incomodes. ¡Todo ha concluido entre ese hombre y yo! Él es indigno de mí, y no le volvería á mirar aunque le viese llorar á mis pies toda mi vida.

—¡Y harías bien, hermana mía!—exclamó Mérida.—Quiero decirte todo lo que sé... ¡decirte que te deja por otra!

—¡Por otra!—repitió Clara, cuyas mejillas se cubrieron entonces de púrpura;—¿y quién es esa otra?

—¡Valentina!

—He aquí justificado el odio que yo la he tenido siempre—exclamó Clara.—¡Oh, sí! el corazón me avisaba de que tenía en ella una enemiga mortal; pero no importa—prosiguió:—madre mía, hermana... os pido la mayor indiferencia para este asunto, y que nos volvamos lo antes posible á Madrid; no os deis por ofendidas: ¡ese hombre valía muy poco para mí!

Tal fué el razonamiento de mi hija; su propósito se cumplió con la firmeza que ella emplea en

todos los suyos: se sentó á la mesa tranquila y serena, y comió.

La Mariscala no ha bajado al comedor, ni su hijo tampoco; mi pobre amiga, ciega de cólera al saber la determinación de su hijo—que le participó él mismo,—está atormentada por una fiebre ardiente, y delira en su lecho. César, por orden de su madre, no sale de su cuarto.

Clara parece tranquila, y, sin embargo, ha adelgazado hasta el extremo de parecer la sombra de sí misma. Busca la soledad, y pasa horas enteras silenciosa é inmóvil, sentada bajo uno de los árboles del jardín. Ayer tarde bajé en su busca y la sorprendí llorando, con la cabeza apoyada entre las manos: me aproximé á ella y la abracé; ella se estremeció, y luego, alzando la cabeza, dijo con voz dolorida y triste:

—¡Oh, mamá! ¡este bochorno que ha caído sobre mí es el castigo de lo que te he hecho sufrir!

¿Qué es lo que está herido, mi querida amiga: el corazón ó el amor propio de mi hija? Yo no lo sé, y tan pronto creo que es lo uno como lo otro.

A no ser por la enfermedad de mi pobre amiga, ya hubiéramos vuelto á Madrid.

Ayer tarde tuve otro rato muy amargo: el alcalde, hombre probo y severo, vino al castillo y pidió verme. Así que entró y me preguntó por mi salud, me dijo á quemarropa estas palabras:

—Señora Condesa, mi hijo mayor, mi pobre Juan, se muere enamorado, perdido, de la hija de

usía; yo, ante todo, debo salvar la vida de mi hijo... ¿Se la daría usía por esposa si él fuese rico? Porque si el dinero puede allanar las distancias, yo tengo algunos amigos que me prestarán ocho ó diez talegas, que yo pagaré después como pueda, ¡aunque sea vendiéndome como esclavo! Mi mujer, que estaba muy en contra de semejante boda, me ha hecho venir á hablar á usía, y es la primera que cede... porque el hijo se nos va... Ella queda en la antesala.

—¡Que entre!—dije muy conmovida al ver correr el llanto en desatado raudal por las mejillas de aquel labrador rudo y honrado.

Salió, y volvió á los pocos instantes con una anciana que, sin saludarme, se arrojó á mis pies y exclamó con las manos juntas:

—¡Señora! ¡misericordia para nosotros!

La hice levantar, la consolé, y la ofrecí ir al día siguiente á su casa para hablar de este asunto.

Durante el poco tiempo que la he hablado, he reconocido la rectitud del juicio de esta mujer, su despejado talento y su exacto raciocinio, todo esto oculto bajo una grosera corteza.

Me dijo sin rodeos que no le agradaba semejante boda; que las señoritas de la ciudad hacían mala liga con los labriegos de las aldeas, pero que, ante todo, quería que su hijo viviese dichoso.

Esta ruda franqueza me encantó, porque hallo en ella más lealtad que en todos los hipócritas-cumplidos de nuestra sociedad.

Querida Honoria: la desgracia de mi hija mayor me aterra, y tiemblo por el porvenir de su hermana; creo lo más acertado poner esta pura y delicada flor al abrigo de las tempestades, en el puerto de bonanza. Sí: tendré con Mérida una conversación formal, y si ama al hijo del alcalde, como supongo; si esta afición es sólida y razonada, se la concederé para esposa. Sí: ya que la una ha quedado tan vilmente comprometida á los ojos de la sociedad, que viva su hermana, si no feliz, tranquila al menos.

¡Adiós, amiga mía! no saldré de aquí hasta que la Mariscala se restablezca; por tanto, aún puede enviar sus consuelos á su desgraciada amiga

LA CONDESA DE CAMPOVERDE.

### XXXV

Camilo á César.

*París, Septiembre de 18...*

Rompo con una indignación mezclada de hastío mi largo silencio. He seguido paso á paso, con los ojos del entendimiento, tu vida desde hace dos meses, y sabía que debía suceder una de dos cosas: que te casarías con Clara de Campoverde y

seríais los dos desgraciados, ó que no te casarías con ella, porque ella, con más juicio quizás que tú, renunciaría á tan descabellado casamiento.

He errado en los dos cálculos: sucede lo que no esperaba. No estás ya alucinado, lo que sería disculpable: faltas á tu palabra, sin otra razón que la de querer hacerlo: das á tu madre un disgusto mortal; ¡arrastras por el polvo los ilustres apellidos de tu familia, y comprometes del modo más vil á una pobre niña que no te ha hecho daño alguno, y que te amaba con todas las ilusiones de la afición primera! César, ya no te compadezco... tampoco puedo estimarte... ¡El lazo de nuestra amistad está desatado por tu indigno proceder!

¿Has olvidado que esa joven no tiene padre ni hermanos que te pidan cuenta de tu conducta, y que, por lo mismo, ésta debía ser más noble? ¿Has olvidado que, aunque de sangre tan ilustré como la tuya, es pobre? ¿Has olvidado que tu proceder hace mucho daño á su fama?

¿Por qué le dijiste que la amabas antes de amarla? ¿Por qué dejaste adelantar tanto los preparativos de la boda? Cuando un hombre llega al caso que tú has llegado, se casa y se muere después, si es tan desdichado que no pueda soportar la vida; pero no vive á costa de una cobardía... ¡porque cobardía es desgarrar el corazón de una madre viuda, y de una huérfana cuyo padre duerme ya el sueño eterno!

Mas no importa: yo, Camilo de Peñafiel; yo, el Conde arruinado; yo, que he dejado de usar mi título desde que la pobreza, que yo mismo busqué, me impidió usarle con decoro, yo me casaré con Clara de Campoverde.

Sí, César: sólo tardaré en pedir su mano lo que tarde en reunir lo que puedo ofrecerle y en volver á colocar sobre mi frente la corona condal. Entonces diré á la Condesa de Campoverde con todo el respeto que se merece la desgracia:

—Señora, ¿se acuerda usted de su amiga la Condesa Laura, que murió muy joven, siendo su esposo embajador de Inglaterra? Pues yo soy su hijo, y deseo serlo de usted, para borrar la mancha que un niño de torcidos sentimientos ha echado sobre su ilustre nombre y sobre la altiva frente de su hija mayor. Heme aquí: soy pobre, porque he disipado mi caudal en locuras; pero de todos mis extravíos he sacado mi honor ileso y mi dignidad limpia de todo borrón; mi nombre es tan ilustre como el que más en España, y prometo ser para Clara un esposo que la haga dichosa.

¿Te sonríes, César, al leer lo que antecede? Creo que sí; pero tú sabes que yo nunca hablo en vano, y que lo que prometo lo cumplo.

Sí: verás á la hermosa, á la noble, á la distinguida Condesa de Peñafiel pasar cada día á tu lado en los salones, adonde llevarás en mal hora á tu labriega. La verás apoyada en mi brazo, en el

brazo de un marido honrado, altivo y valeroso, que impondrá respeto, como debe imponerlo un marido, á los pisaverdes, á los calaveras estúpidos que pululan al lado de todas las mujeres jóvenes, bonitas y recién casadas, y si yo sorprendo en tus ojos el asomo siquiera de la ironía, te daré la estocada que te daría ahora, á no ser porque temo comprometer de veras el nombre de la que va á llevar el mío. César, como hombre honrado y como hijo de un amigo del padre de esa joven infeliz, debía batirme contigo, y lo haría, á no ser por la razón que te he dicho.

No sé cómo es Clara, porque jamás la he visto; pero sé que la amaré como se ama á todo aquello que protegemos, es decir, con un apego invencible, y que ella me amará al cabo con pasión.

Todos los defectos de su carácter se desharán, como la bruma de la mañana á los rayos del sol, al sentirme á su lado como un protector infatigable, como un amigo cariñoso.

Pocas mujeres hay malas con un esposo bueno; y si las hay, la hija de la amiga querida de mi santa madre no pertenece de seguro á esta clase depravada.

No hablemos ya más de Clara: su porvenir es mío; ella misma me pertenece desde hace una hora, es decir, desde el momento en que, leída tu carta, tomé la resolución de casarme con ella.

Conocí desde luego que la imagen de esa astuta Valentina se grababa en tu alma, que más pa-

rece formada de cera caliente para recibir la huella de cuanto se le acerca, que de la divina esencia de que Dios formó las almas, á su propia imagen y semejanza. La aldeanita se ha manejado con la misma maestría que pudiera emplear la más refinada coqueta: vive alerta, niño obcecado, porque ella sabe más que tú, y eso no es bueno para la vida doméstica, sobre todo cuando lo que parece talento es sólo un gran caudal de picardías.

El talento es muy distinto de la perspicacia y de la astucia; el talento creo yo que es la facilidad de saber juzgar todas las cosas de un modo á un tiempo sensato y noble, y la de saber proceder bien en todas las situaciones de la vida. Temiendo al dominio, como todas las almas débiles, vas á caer bajo el grosero despotismo de una mujer sin sentimiento, de corazón frío y de carácter calculador é inmensamente ambicioso.

No te compadezco; tampoco te aconsejo; pero sí te aseguro que, si el matrimonio es una cruz, tú has elegido la de plomo: gracias por haberme dejado la de pluma.

CAMILO.

## XXXVI

Mme. Honoria á la Condesa.

Madrid, Octubre de 18...

He recibido, estimada señora y amiga mía, su carta, y veo por ella que sufre mucho. ¡Dios mío! ¿Dónde, pues, está la felicidad, si usted, tan noble, tan buena, dotada de tan admirable abnegación, de tanta generosidad, ha padecido tanto toda su vida y hoy es también desgraciada?

Mas esperemos; hay un refrán vulgar, pero verdadero y elocuente, como todos los refranes españoles, que dice: *Dios aprieta, pero no ahoga*. Nosotras podemos esperar en su bondad paternal, y decir: *Tras de la tempestad viene siempre la calma*.

No es, á mi ver, una gran desgracia el que Clara no se case con el Marqués de Montemar: desprendiéndose del vulgar *qué dirán*, no hay en que se haya malogrado esta boda ningún inconveniente. Estoy segura de que Clara, al lado de ese niño presuntuoso, hubiera sido infeliz: vale más que él, lo que hubiera sido una gran desgracia para su vida conyugal. En el matrimonio es preciso que el hombre tenga una superioridad,

cualquiera que sea; si la esposa está dotada de más talento, es preciso que sea su marido tan bueno, que ella se vea obligada á admirarle por su misma generosidad y por la bondad de su alma.

Nada hubiera podido llenar el vacío de la vida en nuestra pobre Clara: la venda que, no el amor, sino la ilusión, ciñó á sus ojos, hubiera caído muy en breve; nada le quedaba para consolarse, nada. Demasiado grave para ocuparse de frivolidades, no se hubiera consolado con los goces de la vanidad, porque hay mujeres que perdonan á sus esposos todos sus extravíos por un vestido más; que les persiguen en sus desórdenes, y gritan, y les amenazan con el escándalo de sus ruidosas quejas, y luego se apaciguan ante un aderezo de perlas; pero Clara no se hubiera contentado con ninguna gala, con ningún capricho satisfecho: hubiera vivido sola, aislada, devorando su dolor, y sin quejarse á nadie de la horrible desgracia que la hubiera envuelto como un sudario.

Porque ese hombre sin talento, sin las nobles prendas que son precisas en un esposo, sin conocer el mundo, se hubiese entregado á todas las mezquindades de la sociedad, á todos los goces posibles y aun á todos los desórdenes, con la avidez de un sediento: tiene veinte años, y muy poco corazón para que no le guste y le seduzcan todas las farsas y todas las calaveradas.

¿Qué ha perdido, pues, Clara con semejante es-

poso? Nada, y ella será la primera en conocerlo, así que otro hombre más digno de ella le hable con ese lenguaje misterioso que se llama *amor*. Sí, señora Condesa. La pena de usted puede consolarse con la certeza de que su hija ha conquistado su tranquilidad y su dicha con el rompimiento de ese enlace; la herida de Clara, de esa niña altiva y hasta poco hace casi indómita, sangrará hasta que haya otro hombre que pida su mano; sea éste el que sea, lo aceptará, estoy segura de ello. Es preciso, pues, que se le acerque uno pronto, y que éste sea digno, grave, tierno, de una clase igual á la suya y capaz de hacerla dichosa... Es empresa difícil lograrlo... lo sé, y, sin embargo, no desconfío.

Pero debo ya callar; tengo un secreto, mi amada señora, que no le confío por hoy... sólo le diré una cosa: vislumbro, aún lejos de nosotros, un esposo para Clara. Hace poco tiempo que la escribía yo: «Un solo hombre conozco... uno solo... que haría de usted una mujer modelo.» Pues bien, señora Condesa: ese hombre existe... es libre, y puede casarse con Clara... Dejemos en las manos de Dios el hilo del destino de esos dos jóvenes; pero usted y yo roguemos para que los una... porque cuando yo se lo afirmo, puede estar segura de que Clara sería muy dichosa.

Entonces sí que se curará Clara de la terrible herida de su amor propio ofendido; entonces la veremos revivir como una flor que han llevado á la

sombra durante corto tiempo, y que vuelve á ser iluminada por un ardiente y benéfico rayo de sol. Creo que el hombre de que hablo es pobre, aunque ha sido muy rico en otro tiempo; ¿pero qué importa eso? Las Gracias extenderán sus mágicos velos sobre la morada de esos dos jóvenes esposos, y harán de su albergue el templo de la elegancia y de la distinción. ¿Acaso es preciso que sea rica una mujer para que sea distinguida, y, sobre todo, para que sea feliz?

Preciso será que yo guarde mi secreto por algunos días y que hablemos de otras cosas. Debo decir á usted, mi amada amiga, que á quien compadezco profundamente es á la Mariscala. ¡Pobre madre! Idólatra del honor de sus hijos, ve aquél arrastrado por el suelo, y se ve desobedecida por su rebelde primogénito. Porque es indudable que ese niño obcecado se casará sin el consentimiento de su madre, dándole ese rudo golpe.

Pero tal sucederá con la Mariscala lo que acontece con otros caracteres exaltados: llorará mucho y estará muy irritada en tanto conserve alguna esperanza de disuadir á su hijo de tan loco propósito; pero así que le vea casado, se consolará por no tener otro remedio.

Sufren mucho más las personas dotadas de un carácter silencioso y concentrado: éstas se nos muestran muchas veces con la sonrisa en los labios, en tanto que el dolor les traspasa el alma; aquéllas exhalan en gemidos toda su aflicción, y

poco, muy poco, es lo que les queda oculto en el pecho.

Ahora, mi querida señora, quiero hablarle algo acerca de nuestra suave y dulce Mélida: veo con júbilo que está usted casi decidida á consentir en su enlace con el enamorado Juan Bautista. ¡Oh, cuán bien hace usted, prudente y tierna madre, en no exponer á las sacudidas del huracán á esa delicada y pura flor! ¡Cuán prudente es preservarla de las borrascas de la vida! Mélida será dichosa en ese pacífico valle, y en el modesto asilo de una ciudad de provincia; sin ser precisamente una campesina, vivirá en medio de la naturaleza, entre las flores y en la apacible soledad de los campos. Menos necesita ella que su hermana para ser completamente feliz: la una es la modesta violeta que puede vivir entre el musgo; la otra es la bella y altiva rosa, que necesita brillar por encima del follaje del jardín.

Mélida será y hará feliz á su esposo, cualquiera que éste sea: si Juan Bautista fuese un rústico, ella sería capaz de convertirle en un gran señor; si fuera perverso, ella sabría volverle bueno; es una de esas criaturas maravillosamente dotadas, que embellecen cuanto tocan ó se les aproxima; es uno de esos ángeles que Dios envía muy de tarde en tarde á la tierra para que nivelen las maldades de que la llenan los hombres, con sus virtudes y su bondad.

Hasta la índole áspera de la alcaldesa se ha de

dulcificar al lado de Mélida: es difícil, es imposible resistir al encanto de su gracia, de su talento, de su sensibilidad.

Vivirá dichosa en una pequeña casita, entre sus flores y sus palomas, y la salud volverá á esmaltar de un lindo color de rosa su gracioso rostro.

Sí, señora Condesa: á la una la llama el mundo, el gran mundo; á la otra la reclama la apacible vida del campo; pero yo no sé qué oculta voz me dice que las dos han de ser felices: entonces usted lo será también y para siempre, pues ya estará tranquila acerca del porvenir de sus hijas.

Hemos de ver cómo Clara es educada por su esposo, y cómo Mélida educa á su marido.

Hemos de ver á la mayor obedeciendo, no á la fuerza, sino á la potestad irresistible del amor.

A la menor, dominando con el dulce ascendiente de la bondad, de la ternura y de las gracias.

Son dos criaturas privilegiadas, cuya carrera en el mundo no puede ser vulgar: cada una brillará en su esfera, y será distinguida en el círculo de su vida.

Sólo hay, entre los personajes del cuadro que tengo incesantemente á la vista, una criatura que veremos verdaderamente infeliz: ¡Valentina!

¿Y será posible que los autores de sus días consientan en que se case con el Marqués, contra la voluntad de su madre?

Pero ¡ay! ¿por qué hago esta pregunta? ¡Para

los pobres viejos el engrandecimiento material de su hija será la suprema ventura!

Adiós, señora y amiga mía: le ruego que permanezca en el castillo de Montemar algunos días más, y tal vez en ellos se decida la suerte de Clara. Suya de corazón

HONORIA.

### XXXVII

#### La alcaldesa á su hijo.

*Urrca, Octubre de 18...*

¿Cómo estás, querido Juan de mi corazón? ¿Cómo sigues, hijo mío? ¡Cuánto quisiera volar á tu cabecera, abrazarte y cubrir de besos tu cara, más noble y más hermosa que el sol de Dios! (1).

Hijo de mis entrañas, Juan, desde que el hermano del señor Vicario, ese buen señor á quien Dios bendiga, le escribió que estabas tan malo, yo no vivo ni hago más que llorar; pero ya, hijo de mi alma, está todo arreglado: tu padre y yo hemos ido á casa de la señora Condesa, y le he-

(1) Comparación usual de una cara bella y agradable entre los labradores de Aragón.

mos dicho que, por los clavos de Nuestro Señor Jesucristo, nos dé á la señorita Mélida para ti; yo me arrodillé delante de ella y levanté mis manos cruzadas como si fuese á rezar; y cuando la miré, hijo mío, me consolé... porque es tan hermosa como una santa. Yo, ya lo sabes, soy una pobre mujer tosca y ruda; pues bien: al mirar sus ojos negros, grandes como dos estrellas y de tan suave mirada como los de las tortolitas de doña Casilda, conocí que había padecido también mucho, muchísimo, en este mundo, y que sabía lo que era el amor de una madre que llora por un hijo.

Al otro día, que ha sido hace tres, vino á ver nos: se sentó en una sillita pequeña de madera, con la misma llaneza que si fuese mi igual, y empezó á consolarme.

—Es forzoso—me dijo—que venga Juan Bautista: yo le veré, le hablaré, y después decidiremos acerca de la suerte de nuestros hijos. Mi querida señora, no se desconsuele usted. Si ellos se aman, es lo único que necesitan para ser dichosos. Mi hija es pobre; pero no desea las riquezas, ni yo tampoco las deseo para ella. Para llevar á cabo este casamiento, sólo una cosa hace falta: que se comprendan y se amen verdaderamente.

¿Ves, hijo mío, qué modo de hablar tan generoso y tan bueno? ¡Esta señora, que es tan noble, que es Condesa, bien podía pedir mucho dinero! ¡Pues nada de eso! Yo apenas conozco á su hija; pero siéndolo de tal madre, debe ser un ángel.

Ven, pues, hijo de mi corazón; yo misma hubiera ido á buscarte; pero ¿cómo había de dejar á tu padre y á tu hermano? También Santiago quería ir; pero confiamos en que vas á venir al momento, y en que ya no te separarás nunca de nosotros.

Hallarás muchas novedades: el palomar se ha aumentado; Santiago y María se casarán así que tú llegues, y Valentina se casa con el señor Marqués de Montemar, que es el que se iba á casar con la señorita Clara, la hermana de tu novia: ya ves que la llamo tu novia, y, por consiguiente, que la debo de llamar hija mía. Cree que ya deseo verla, porque apenas la conozco; antes la tenía tal rencor, que nunca la miraba á la cara.

Por fin, Valentina se sale con la suya, y va á ser una alta señora. La pobre Marta está loca de alegría: llora, ríe; yo creo que ha perdido la cabeza. Su marido, no digo nada: anda por el lugar tan finchado y tan tieso, que parece un huso; pero á los demás les da risa esa vanidad, y dicen bajito: «¿De qué le sirve al asno taparse con la piel del león, si á lo mejor saca una oreja?»

Dios castiga á los hijos que se quieren colocar más altos que sus padres, y Valentina ha de pasar muchas amarguras en este mundo. ¡Haberte despreciado á ti! ¡Ah, qué dichosos podíamos ser todos si ella no hubiera sido presumida y local! Pero ¡anda con Dios! que si ella te ha despreciado á ti por un Marqués, tú te vas á casar con la hija de una Condesa: esto me consuela, hijo mío, de

que hagas un casamiento que te saque de tu clase... ¡Dios mío, si algún día nos despreciases á tu padre y á mí, como ha hecho Valentina con los suyos... me moriría de pesar... sí, Juan... matarías á tu madre!

Lo que me consuela es que esta joven es pobre, y que tú sabrás ganar lo que gastéis; y si no, hijo mío, si algún día os falta, aquí estamos tu padre, yo y tu hermano, que acudiremos á todo, primero que consentir que ella canse á los suyos.

Santiago me escribe ésta; ya lo conocerás por la letra gorda del pobre: él desea verte tanto como nosotros, y no digo más, porque no puede ser.

Juan, que te venga al momento: el arriero, que llega á esa villa mañana, lleva encargo de traerte. Mira, hijo, que te esperamos todos con ansia, y sobre todo tu madre,

CATALINA.

### XXXVIII

**Valentina á Mme. Honoria.**

*Urrea de Jalón, Octubre de 18...*

¡Si la alegría, si la felicidad matasen, ya no existiría yo, señora y amiga mía! ¡Qué amor el de César! ¡Qué envidia excita en todos los habitantes de la aldea!

No hallo placer igual al de la vanidad satisfecha; mejor quiero excitar la admiración que el afecto: quiero mejor que me envidien que no que me amen.

Mi boda es ya cosa segura.

Ya no se opone la Mariscala: toda su soberbia, todo su enojo, se han aplanado bajo una pena silenciosa y muda; ya César ha salido de su cuarto, donde estuvo preso por orden de su madre algún tiempo.

Ahora viene á verme todos los días; ordena á mis padres que nos dejen, y éstos, obedientes á su voz, como todo el mundo, se retiran á la estancia inmediata.

Cuando hablo de mis padres, me equivoco: sólo mi madre es la que obedece esta orden; mi padre tiene mal genio, y no la soportaría; mas, por fortuna, él no está en casa jamás, y no tiene que oponerse á nada.

Apenas nos casemos, marcharemos á París, á pasar la luna de miel; ya tengo en casa el vestido de novia que César me ha hecho traer de allí: ¡es divino! Y usted, amiga mía, que tiene tan exquisito gusto, le admiraría como yo si pudiese verlo.

Figúrese usted una larga falda de gro blanco, adornada en la parte inferior con ricos encajes de Inglaterra; sobre ésta cae otra falda de gasa blanca, recogida al lado izquierdo con una guirnalda de jazmines.

El velo, de tul blanco, tiene una bella corona, para sujetarle, de flores de azahar y margaritas blancas; para la cintura hay un ramo igual.

César ha cuidado hasta de mandar traerme unos zapatitos de raso blanco adornados con lazos de blonda y hebillas de perlas.

Dos brazaletes preciosos y un aderezo, de perlas también, completan el rico atavío, regalo de mi querido César.

El uno de estos brazaletes forma una corona de Marquesa, y en cada uno de sus florones se ve un magnífico brillante.

César está loco de alegría, y cuenta los instantes que faltan para llevarme al altar.

Sin embargo, hace pocos días llegó triste, ó más bien irritado. Le pregunté la causa de su preocupación, y me respondió:

—¡He tenido una carta que me ha incomodado en extremo!

—¿De quién?—le pregunté.

—De uno de mis amigos que están en París: es un loco que, al saber que yo he dejado á Clara de Campoverde, dice que va á casarse con ella.

—¿Y la conoce?

—En su vida la ha visto.

—Será algún extravagante, y no llegará á hacer eso, aunque lo diga.

—Lo hará como lo dice: es el hombre de más talento y de más corazón que conozco.

—¿Y es rico?

—Lo ha sido mucho, y lo volverá á ser; además, lleva uno de los nombres más ilustres de España: es el Conde de Peñafiel.

—¡Cómo! ¿Ese Camilo de quien me hablabas y al que me alababas tanto?

—El mismo.

Al oír esto me quedé muy pensativa.

Si hay algún hombre en el mundo que haya preocupado mi pensamiento, es sin duda ese Camilo.

El mismo César me ha contado de él cosas increíbles: que, conservando aún restos magníficos de su inmensa fortuna, los empleó todos en una fianza que prestó á un amigo para que obtuviese un importante destino; que este amigo se fugó con los fondos que se le habían confiado, y que la fianza cubrió aquel desfalco; pero que, siendo aquel mal hombre padre de cuatro niños pequeños, no quiso perderle, ni perseguirle, ni aun revelar á nadie su crimen; por el contrario, dice que todo su caudal lo ha disipado en locuras de joven.

—¿Es esto posible?—me preguntaba yo cuando oí la relación de aquella heroicidad, silenciosa é ignorada de casi todos; y he pensado mil veces en ese hombre tan noble y tan fuerte.

—¿Tiene buena figura?—pregunté yo á César llevada de una curiosidad inexplicable y que jamás había tenido.

—Es—me respondió—uno de esos hombres

que, una vez vistos, no se olvidan jamás: es un hombre alto, de ojos pardos y cabellos oscuros, tez morena y nariz aguileña; es un hombre que presta brillo con su persona á cuanto lleva, que atrae y seduce como un filtro mágico... Yo, Valentina, he sido capaz de casarme contigo, á pesar de ser plebeya y pobre, sólo por tu belleza; él hará mucho más que yo: se casará con una mujer á quien yo desairo, y que, según sabe por mí, tiene muchos defectos; y se hubiera casado contigo, aunque hubieras sido muy fea, sólo por compasión al verte sola y triste en esta aldea.

Estas palabras me dejaron muy pensativa. ¡Con que esa Clara aborrecida ha de ser siempre más dichosa que yo!

¡Con que yo me caso con un niño, en tanto que ella se va á unir á un hombre fuerte, noble, valeroso, lleno de mérito, de hidalguía y de generosidad!

Y á pesar de eso, ¡qué pálida está, qué triste, qué desmejorada! ¡Parece la sombra de sí misma! Ayer la vi por la mañana, bajando por la alameda que está junto á la fuente, seguida de una criada: allí es donde yo veía á César cuando empezamos á amarnos, ¡y ella parece que va buscando todos los sitios que él ha frecuentado! ¿Le amaré todavía? Pero ¡ah! aunque así sea, pronto, muy pronto dejará de amarle, al lado del Conde de Peñafiel, al que no dudo que admita para esposo suyo.